

el *protectorado* de Napoleón. Este eufemismo disfrazaba mal el estado de completa sujeción en que se encontraban los príncipes que Napoleón había obligado á entrar en esta liga formada contra su propia patria. Independientemente de los tres soberanos de Baden, Baviera y Wurtemberg, la nueva confederación comprendía al príncipe archicanciller de Dalberg, el elector de Hesse-Darmstadt, los dos ducados de Nassau, el gran duque de Berg, Murat, el príncipe de Salm y algunos otros. Formaban con Francia una alianza ofensiva y defensiva á perpetuidad, y se comprometían á suministrarle, para la común defensa, un ejército de 63.000 hombres.

La capitalidad de la confederación estaba en Francfort; en cuanto á la antigua dieta germánica, se la trataba con tan poca ceremonia, que la ciudad de Ratisbona, en donde tenía sus sesiones, había sido cedida á Baviera. El embajador francés Bascher tuvo orden de participarle que «el emperador, su amo, ya no reconocía la constitución germánica, á pesar de reconocer la soberanía de los príncipes alemanes, considerados individualmente.

La nobleza imperial quedaba suprimida definitivamente.

Napoleón que tenía ya en su mano todos los principales pasos del Rin, completo su sistema de comunicaciones con los Estados confederados, haciendo extender las fortificaciones de Maguncia más allá del Rin, ocupando con una fuerte guarnición la plaza de Wesel, situada en la orilla derecha en el gran ducado de Berg. Esta ocupación se hizo en el momento mismo en que Bascher declaraba solemnemente en nombre de Napoleón, á la dieta de Ratisbona, «que el emperador no llevaría jamás los límites de Francia al otro lado del Rin.» 1.º de Agosto de 1806.

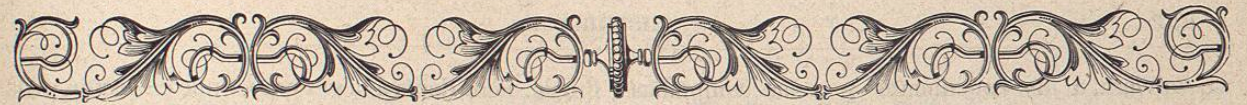
No era sólo la dieta de Ratisbona la que se encontraba afectada por esta transformación, el imperio alemán, quedaba, por decirlo así, declarado vaciente. El emperador de Austria que todavía llevaba

este vano título, no tenía ya Estados en Alemania; Francia y Prusia solas podían pretenderla en lo sucesivo.

Francisco II comprendió su situación, y dimitió él mismo esta dignidad sin esperar á que se le obligara á ello, aún cuando el tratado de Presburg se la había reconocido formalmente, y le daba el derecho de rechazar con las armas en la mano todo nuevo acto de invasión.

La nueva confederación afectaba de una manera menos ostensible á Prusia, pero no por esto dejaba de sufrir un serio perjuicio, por esto que tantos Estados cuyos gobiernos podían serle más ó menos simpáticos, pero cuyos pueblos le estaban unidos por los más estrechos lazos de la sangre, de la lengua, de los intereses, de las afecciones, iban á pasar, sin remisión, bajo una influencia extranjera. Como no se podía dudar de los sentimientos que en ella despertaría un establecimiento tan contrario á sus intereses, Napoleón quiso tranquilizarla haciéndole declarar, en el momento mismo en que le notificaba el tratado, «que él veía con placer, colocados bajo su influencia, todos los Estados del norte de Alemania, por medio de una confederación parecida á la del Rin. «La indemnización era más que mediana, pues estos Estados estaban lejos de poder hacer contrapeso á los que Napoleón acababa de encadenar á su alianza; el gabinete de Berlín, sin embargo, apresuróse á aceptar, sin sospechar siquiera que se estaba decidido á no dejarle tomar lo que se le ofrecía. No debía tardar en hacer este descubrimiento, pero á la vez había de hacer otro todavía más aterrador.

De modo que la coalición disuelta, á precio de tanta sangre, por las victorias de Ulm y de Austerlitz, apenas había dejado las armas, suscitábanla de nuevo por una larga serie de sangrientas afrentas y de vejaciones intolerables, en el seno mismo de esta Europa agotada, y en el pueblo que estaba mejor dispuesto para Francia.



## CAPITULO X

### GUERRA CON PRUSIA.—JENA

Situación económica de Francia.—La compañía Ouward.—Quiebra general.—Miseria.—Prusia y la confederación del Norte.—Manejos de Napoleón para impedir su formación: 31 de Mayo de 1806.—El Hesse-Cassel, la Sajonia y las ciudades anseáticas.—Entérase Prusia.—Imprudencias de los generales franceses.—Revela Luchessini los tratados de Napoleón con Inglaterra: 6 de Agosto de 1806.—Desmiéntalo Napoleón.—Engaña á su embajador en Berlín, Laforest.—Movilizase el ejército prusiano.—Estalla el sentimiento público.—Carácter de la guerra con Prusia.—Angustias de Laforest.—Respuesta de Napoleón.—Persecuciones.—Los fletos de Gentz.—Fusilamiento del librero Palm.—Iniquidades del proceso.—Intervención directa de Napoleón.—Ultimatum de Berlín: 1.º de Octubre de 1806.—Queda de hecho declarada la guerra: Napoleón en Maguncia.—Faltas del gabinete de Berlín.—Carácter del movimiento nacional prusiano.—Condiciones militares del territorio prusiano.—Consecuencias para Prusia.—Toma imprudentemente la ofensiva.—Situación de los ejércitos francés y prusiano.—Los generales prusianos.—La corte se traslada al campamento prusiano.—Causas de las desgracias de Prusia.—Movimientos militares.—Plan de Brunswick.—Renueva los errores de Mack.—Inmensa superioridad numérica del ejército francés.—Fuerzas de Napoleón.—Indiferencia de Austria.—Organización de la legión polonesa.—Concentración del ejército francés.—Brunswick en Weimar.—Su inmovilidad.—Combate de Saalburg: 8 de Octubre.—Combate de Saalfeld: Lannes derrota á los prusianos: heroica muerte del príncipe Luis de Prusia: 10 de Octubre.—Establécense los prusianos en Jena.—Comprende Brunswick el plan de Napoleón.—Emprende su retirada sobre Magdeburg.—Adelántanse los franceses.—Ocupan Davout y Bernadotte á Neumburg.—Descuidos de Hohenlohe en Jena.—Situación de los dos ejércitos: 16 de Octubre.—Presunción de Napoleón y sus consecuencias.—Separa á Bernadotte de Davout.—Batalla de Jena: 14 de Octubre de 1806.—Ataque de Lannes.—Imprudente avance de Ney.—Avance general del ejército.—Desbandada de los prusianos.—Batalla de Auerstaedt: 14 de Octubre de 1806.—Ataca Brunswick á Davout.—Heroica resistencia de la división Gudin.—Generalízase la batalla.—Enormes pérdidas de los prusianos.—Brunswick, Schmettau y Moellendorf heridos mortalmente.—Ordena el rey la retirada sobre Weimar.—Córtales el paso Bernadotte.—Acuden los fugitivos de Jena.—Pánico del ejército real.—Desbandada general.—Resultados de la batalla de Jena.—Pide Federico Guillermo un armisticio.—Escapa Blücher.—Persecución del ejército prusiano.—Entra Davout en Berlín: 24 de Octubre.—Napoleón en Sans-Souci.—Su gran hazaña.—Destrucción total del ejército prusiano.—Campana de Blücher.—Asalto y saqueo de Lübeck.—Entrada triunfal de Napoleón en Berlín: 27 de Octubre de 1806.—Pensamiento sanguinario de Napoleón.—El príncipe de Hatzfeld.—Quiere fusilarle.—Horror de sus generales.—Inflexibilidad de Napoleón.—Ocúltase el príncipe.—La comedia de su perdón.—Negociaciones para la paz.—In-temperancia de Napoleón.—Acepta el rey de Prusia las condiciones impuestas de Napoleón.—Niégase ahora éste á firmar la paz.—Los poloneses en Berlín.—Quiere Napoleón levantar la Polonia contra Rusia.—Manda á llamar á Kociwsko.—El decreto de Berlín: 21 de Noviembre de 1806: el bloqueo continental.—Impónelo á toda Europa.—Indignación de Europa.



**N**APOLEÓN á su regreso á París tuvo que preocuparse, ante todo, de la situación económica que era desesperada á consecuencia de los enormes gastos de la guerra, de la ruína completa de la marina mercante francesa y

consiguiente paralización de gran parte del comercio, y por la imposibilidad en que estaba el Banco de Francia de continuar auxiliando á los industriales y comerciantes franceses, á causa de las sangrías que Napoleón había dado á su caja. Esto hizo que

se volviera á los expedientes y á las compañías financieras, siendo la más célebre la que fundó Ouvrard que se propuso hacer entrar en España los duros de Méjico, que no permitían que llegaran los ingleses, por medio del descuento de que se encargaba un sindicato de banqueros ingleses y americanos, pues se quería restaurar el tesoro francés á expensas de España, haciendo que ésta pagase los atrasos por subsidios vencidos y no satisfechos. Al fin todo se lo llevó la trampa, Ouvrard fué á la cárcel, el marido de la Recamier y muchos otros quebraron, en España fué todavía mayor la miseria, y Napoleon tuvo que resignarse, sacrificando al íntegro Barbe-Marbois que había desaprobado tales enredos, pero que había tenido la debilidad de someterse á Napoleon que lo autorizaba todo, á llenar sus arcas con los despojos de Europa, pues era imposible restablecer una hacienda por medios normales y regulares cerradas las principales fuentes de la misma. Así para hacer dinero tuvieron que dictar no pocas medidas arbitrarias, no siendo la mayor la que dió por resultado la ruína de Ouvrard, pues declarándose único acreedor de España se apoderó del negocio que, naturalmente, quedó arruinado en sus manos, cuando ya se había obtenido una baja de un cuarto en los descuentos.» Pero mientras Napoleon consolidaba su despotismo en el interior arraigándolo en las costumbres de la nación,—«decimos con Lanfrey que nos relatará la campaña de Prusia»—la tempestad, cuyos primeros síntomas habían ya aparecido en Prusia, tomaba proporciones amenazadoras.

El rey de Prusia se había apresurado con una rara simplicidad á aceptar el ofrecimiento de Napoleon relativo á la formación de una confederación del Norte, contando con el buen efecto de esta liga para hacerse perdonar por sus súbditos todas las humillaciones que les había hecho sufrir. Pero desde sus primeros pasos se encontró contrariado de tal modo que nada pudo hacer. Sajonia y Hesse, á la vez que protestaban de su buena voluntad le oponían razones dilatorias ó exigían por precio de su adhesión ventajas que no se podían conceder. Pero no se tardó en averiguar de donde venían tales obstáculos.

Háyase dicho lo que se haya querido, lo cierto es que Napoleon quiso hacer entrar en la confederación del Rhin al elector de Hesse-Cassel. Pero le puso por condición que diera su dimisión de mariscal de Prusia,—31 de Mayo de 1806,—es, pues, verosímil que, no habiendo podido hacersele suyo, hiciera todo lo posible para que no se uniera á

Prusia. Pero debía á la vez prever que el elector, más pronto ó más tarde, revelaría este conato de intimidación á Prusia, ora para justificarse, ora para hacerse valer.

Igual política se siguió con las ciudades anseáticas á las cuales se significó de una manera mucho más imperiosa la prohibición de tomar parte alguna en la confederación del Norte. El gobierno prusiano estuvo muy pronto edificado sobre este doble engaño: hacía apenas un mes que el emperador había invitado graciosamente á su buen hermano que reuniese á su alrededor los restos del viejo imperio germánico. Al mismo tiempo supose en Berlín que Murat, el nuevo gran-duque de Berg, hablaba á quien quería oírle de su futuro reino; que Augereau arrogantemente acampado en Anspach con su cuerpo de ejército, en medio de un pueblo completamente prusiano, brindaba públicamente para el éxito de la próxima guerra contra Prusia; que Napoleon con menosprecio de sus reiteradas declaraciones hacía fortificar á Wesel concentrando en ella tropas.

Así estaban las cosas, cuando un despacho del embajador prusiano Luchessini,—6 de Agosto de 1806,—muy pronto confirmado por la diplomacia inglesa, revela al rey de Prusia el mercado que se había hecho del Hannover al agenciarse la paz entre Inglaterra y Francia. Napoleon tuvo, por su policía, comunicación del despacho de Luchessini aún antes de que fuera enviado á Berlín. Apresuróse, pues, á hacerlo desmentir por Laforest. No sólo le ordenó que negase la existencia de una negociación que había durado meses enteros, sino que Laforest tuvo que jurar al rey de Prusia que la paz con Inglaterra no había fallido sino á causa de la negativa de Napoleon en retrotraer á Inglaterra el Hannover. En este punto quiso que fuera engañado el mismo Laforest á fin de que pudiera engañar más fácilmente á los demás: «Dejadle, escribió Napoleon á Talleyrand el 2 de Agosto, en la convicción de que no hago la paz con Inglaterra á causa del Hannover.» Laforest estuvo el mismo tiempo encargado, como puede verse en la carta de Napoleon á Talleyrand del 8 de Agosto de 1806, de presentar al gabinete prusiano de la manera más indigna «á ese miserable, á ese pantalón imbécil, á ese bajo y falso Luchessini que no tiene sino noticias ridículas.» Pero esas negativas y esas calumnias no podían tener más efecto que el de aumentar la irritación y las sobradas justas desconfianzas de un gobierno cuya paciencia había llegado ya á su término. El rey de Prusia ordenó sobre la marcha la movilización del ejército prusiano.

Al mismo tiempo, la explosión del sentimiento público contenida durante tanto tiempo, estalló con una violencia extrema.

En todas las guerras continentales que hasta aquí había tenido Napoleon, sólo había tenido que combatir con gobiernos más ó menos sólidamente organizados, nunca se había encontrado en frente de una nación. En Italia como en Austria, no había tenido que habérselas más que con pueblos sin cohesión, sin espíritu nacional, unidos por un lazo federativo de los más débiles, y apenas poseyendo la noción del sentimiento patriótico. En ese país, detrás del gobierno, había una nación. Había un pueblo inteligente, ilustrado, activo, muy homogéneo y justamente orgulloso de las grandes cosas que había hecho bajo Federico el Grande. Podíase destruir con un golpe afortunado un ejército que no tenía el hábito de la guerra, pero le quedaba al país un recurso en esas masas laboriosas y resistentes, de cuyo seno iban á salir numerosas legiones. Napoleon debía encontrar aquí, precisamente sin saberlo, la misma fuerza que había hecho la superioridad de Francia en Europa.

Un mar de folletos patrióticos inundó inmediatamente la Alemania. Todas sus provincias meridionales estaban aún tratadas como países conquistados y ocupadas por las tropas que Napoleon encontraba cómodo mantener á expensas del extranjero. Aún suponiendo que el pretexto de la ocupación de las bocas del Cattaro por Rusia pudiera invocarse de una manera válida contra Austria para justificar tal conducta; ese motivo en modo alguno podía aplicarse á los otros Estados alemanes que sufrían de la misma desgracia.

Encontraron las quejas de Prusia numerosos ecos en Alemania, gracias á los sufrimientos de las clases privilegiadas que acaban de verse divididas como un rebaño en el último arreglo de los negocios germánicos. A pesar de esta creciente emoción, era tal la debilidad y la indecisión del rey que la guerra podía todavía evitarse fácilmente con un poco de moderación. Laforest, ilustrado por el desencadenamiento de la opinión de que era testigo, abandonado por Haugwitz y Lombard que acababan de ceder á la corriente, recomendaba á su gobierno una conducta más prudente; pero Napoleon rechazó sus avisos con su arrogancia acostumbrada, y su política tomó un aire más agresivo y todavía más provocador: «El despacho de Laforest, escribía á Talleyrand, el 22 de Agosto, me parece una locura. Es un exceso de miedo que da lástima... decidle que esté tranquilo, que lo observe todo y lo escriba todo; batir en

frío; que, si le hablan de la confederación del Norte, diga que no tiene instrucciones, que, si es cuestión de las ciudades anseáticas, declare que no sufrirá que se cambie nada en su actual estado... Si Luchessini os habla de Sajonia y de Hesse, decidle que no conocéis mis intenciones...» Era más que decir cuales eran sus intenciones desde el momento que se negaba á darlas á conocer. Al mismo tiempo que enviaba á Laforest esas deplorables instrucciones, daba á Alemania una advertencia lúgubre y amenazadora con la muerte de Palm,—26 de Agosto.

Palm era un librero de Nuremberg, ciudad libre, recientemente cedida á Baviera y sobre la cual Francia no podía hacer valer pretensión legítima alguna, aún cuando momentáneamente la ocuparan sus tropas. Palm había cometido, como todos sus colegas, el crimen, no de publicar, sino de vender y propagar los folletos escritos en favor de la libertad de su patria. Entre estos se encontraba el elocuente escrito de Gentz intitulado: *La profunda degradación de Alemania*, obra cuyo lenguaje y vehemencia habían poderosamente contribuído á despertar el sentimiento nacional. Napoleon no conocía mas que dos maneras de refutar un escrito: no pudiendo suprimir el autor, suprimía á los libreros. En esto empleaba el remedio que, en todas sus cartas, recomendaba á su hermano José, como un medio infalible para calmar á los napolitanos. Ese remedio que viene como un refrán en sus fraternales expansiones, y que Napoleon consideraba como aplicable en todo y á todo, se resumía en una corta fórmula, que era, según él, la última palabra de la sabiduría política; esta fórmula era, «fusilad.»

Desde el día 5 de Agosto Napoleon había enviado á Berthier esta orden expeditiva: «Primo mío; figúrome que ya habréis hecho prender á los libreros de Augsburg y de Nuremberg. Mi intención es que se les envíe delante de una comisión militar y fusilados dentro de las veinticuatro horas. No es un crimen común difundir folletos en los sitios en que se encuentran mis tropas excitando al pueblo contra ellas. La sentencia dirá que, en donde quiera que haya un ejército, siendo el deber del jefe velar para su seguridad, los individuos tales ó cuales, convictos de haber intentado levantar á los habitantes de Suabia contra el ejército francés, son condenados á muerte.»

Así, pues, todo se arregla por adelantado, la culpabilidad, la pena, la sentencia, ¡y pensar que se encontraron en el ejército francés siete coroneles para aceptar ese papel ignominioso de jueces por procuración! Pero habrían podido responder lo que